

Bocadillos bajo tierra

de Carlos Talancón

LEDA RENDÓN

Resulta gratificante asistir a una representación teatral y sentir que lo que se está viendo está cargado de verdad: sin falsas pretensiones y que no trata de impresionar a nadie, *Bocadillos bajo tierra* denota el trabajo genuino de un grupo de jóvenes comprometidos con el fenómeno teatral.

La obra transcurre durante una guerra. No se especifica cuál ni en dónde. Podría suceder en cualquier lugar y podría ser cualquier guerra: lo importante son las interminables disputas que escapan a lo humano y que obedecen a intereses políticos y económicos pero, sobre todo, que surgen de un núcleo familiar corrompido.

Un hombre en una trinchera muere por bombas que lanzan sus superiores. Sus padres lo visitan para tener un día de campo y los fantasmas primarios se presentan en escena. Este soldado, manipulado por su madre (interna), y que lleva en el cuerpo los ideales de su padre, se ve atrapado en una disputa sin sentido.

Lo interesante de la obra radica en la perspectiva familiar que se le imprime. Recordemos al teórico estadounidense Bentley que afirma que la base de todo drama es la familia y las figuras que se desprenden de ella son como un mecanismo de espejo o de identificación. Esto sucede en la obra basada en el texto original de Fernando Arrabal: se regresa al origen.

La puesta en escena de Carlos Talancón está llena de una gran franqueza, y si bien, hacia el final la obra se

vuelve un tanto repetitiva, las imágenes sencillas logran su cometido. La escenografía resulta en todo momento adecuada, el vestuario comulga espléndidamente y sólo nos queda hablar de una mayor profesionalización de los actores: hay momentos donde los diálogos se escapan de sus manos y da la impresión de que nos encontramos en un ensayo.

Fuera de pequeños detalles es una obra muy actual ampliamente recomendable, y pone sobre la mesa una discusión que con el fluir constante de los acontecimientos se olvida. La guerra es un problema que nos concierne a todos y que está presente en nuestras vidas desde siempre, por eso aplaudo la manera íntima de tratar un tema que pareciera más allá de nosotros: “la familia” como semillero de los conflictos más abominables, la falta de educación en el seno de la misma y por consecuencia una total mecanización de las fuerzas que la componen, construyendo así una sociedad descarnada y desnaturalizada donde la forma de ser amable es poniéndole un poco de perfume a un cadáver para que no huelga mal y de esa manera maquillar la culpa.

Ahora bien, la violencia está presente desde los orígenes. Se disfruta de una manera sobrenatural. La violencia es un síntoma de la creación permanentemente. El mismo Eric Bentley afirma que:

Tenemos propensión a sentir que a nuestras vidas les falta violencia y nos gusta ver aquello de que carecemos. Somos proclives al aburrimiento y nos agrada sentirnos transportados con la excitación de algún otro. Somos agresivos y gozamos con la contemplación de la agresión

De este modo podemos estar seguros de que la violencia en nuestras vidas no se interrumpirá en ningún momento, pues proseguirá, por cierto, también durante la noche, mientras soñamos. La mayor parte de la obra transcurre así en un sueño: pero en un sueño después de la muerte, tal parece que la violencia y la familia –su origen– no nos abandona aun después de cruzar el umbral.



Luis Garzón

Esta situación hace que el drama se vuelva interesante, conmovedor y por cierto aterrador.

“La violencia nos interesa porque somos violentos. Y los más suaves exteriormente pueden ser, en lo interior, los más turbulentos”. Esto parece impregnar al soldado protagonista: una aparente inocencia, la manipulación de la que es objeto nos hace pensar que en el fondo disfruta de las imágenes pervertidas. Piensa, en su imaginación retorcida, que sus padres y, por supuesto, el *Estado* reflejo de los mismos, aplaudirán sus hechos. Así en un acto de exhibicionismo se toma una foto con una sonrisa de oreja a oreja aplastando la cabeza del soldado oponente.

No es casualidad que nos sintamos atraídos por la violencia, que nos sentemos frente al televisor a ver el caso más aparatoso del momento, sin embargo, no estaría mal revisar de vez en cuando el origen de esa fascinación.

De esa manera este trabajo comprometido, que rescata la esencia de la obra *Pic-Nic en campaña* de Arrabal hace que uno se divierta, disfrute de las imágenes violentas, pero al mismo tiempo se cuestione acerca de los verdaderos orígenes de la guerra y el sinsentido de la misma.

La obra se presenta en el teatro La Capilla en la delegación Coyoacán los viernes a las 20:00 Hrs. 📺